

# *In memoriam*

## Juan Luis Sariego Rodríguez (1949-2015)

José Luis Moctezuma Zamarrón\*

**H**ombre de buena fe, sin poses y con una enorme calidad humana, quienes lo conocimos tuvimos la fortuna de disfrutar de su gran capacidad académica y su don de la palabra no sólo para transmitir de manera sencilla las complejidades de la antropología y otros fenómenos sociales, sino también para las cosas más simples y llanas de la vida. De charla amena, con voz ronca, llena de términos personales y muletillas como el “sí, ándale, ándale” o el estribillo “mano”, que cerraba algo que le parecía conveniente destacar. Siempre tenía una anécdota que contar, haciéndolo con esa pasión que permitía disfrutar de su conversación a quienes lo rodeábamos.

Nació en Oviedo, España. Su abuelo era minero y su padre estudiaba en la universidad cuando comenzó la Guerra Civil española, contaba Juan Luis. Sus antecedentes familiares lo marcarían para el resto de su vida y de alguna manera influyeron para que estudiara antropología, y que una vez formado en ésta profundizara en sus estudios e investigaciones en la vidas de los mineros y en el medio rural; en particular, que abordara con pasión el conocimiento del lugar que le dio un vuelco a su vida: la sierra Tarahumara.

Juan Luis tuvo tres hermanos. Uno de ellos, su gemelo, casi clon, se hizo jesuita y ahora vive en Centroamérica. Las distancias no fueron impedimento para que se mantuviera siempre en contacto con sus familiares y su terruño. Su sentido fraterno lo aplicaba en todo momento y tenía una sensibilidad que rayaba en el paternalismo con sus alumnos, compañeros y familiares. Cuando llevaba al campo a sus alumnos estaba de manera permanente pendiente de ellos, mientras los guiaba en la

adquisición de conocimientos, mostrándoles en la práctica la manera de observar las múltiples aristas de los fenómenos antropológicos.

Estudió la licenciatura en la Universidad Complutense de Madrid y se fue a investigar a los nar de Chad, África, donde también realizó estudios lingüísticos, lo cual detonó nuestra gran amistad cuando, en 1982, nos conocimos como profesores en la ENAH, donde hizo escuela. Después de estudiar la maestría en la Universidad Iberoamericana, inició sus estudios e investigaciones antropológicas en el norte del país. Su experiencia en esta región lo impactó tanto que se fue a formar la ENAH Chihuahua –fundada en 1990– junto con sus colegas y entrañables amigos Margarita Urías, Augusto Urteaga y Luis Reygadas, *el Cuaco*. Con terrible dificultad fueron consolidando la escuela, de la cual contaba mil anécdotas, ya que estaba pendiente de todo y de todos. Por ella luchó contra viento y marea, y por eso logró abrir la maestría en antropología, en coordinación con el CIESAS, institución con la que tenía una íntima relación, ya que cuando llegó a México, en 1974, se integró a ésta cuando todavía era el CISINAH. Su tenacidad y alta calidad académica le permitieron contar con un jugoso apoyo del Conacyt para apuntalar la primera generación de maestría, de la cual saldrían algunos profesores de la misma escuela.

En la ENAH procreó a Yunuén, su única hija, con quien mantenía un particular vínculo filial. Fue ella quien recibió el premio INAH a la mejor tesis de doctorado en antropología social, grado obtenido en 1989 en la UAM-Iztapalapa por Juan Luis. La publicación de este trabajo ha dejado huella, pues a través de él muestra las formas en que el Estado ha aplicado sus modelos indigenistas en la Tarahumara. Gracias a éste y otros estudios fue nom-

\* Profesor-investigador, Centro INAH Sonora (moctezumajose56@gmail.com).

brado profesor emérito por el INAH hacia el final de su carrera, y alcanzó el nivel III en el SNI, que muestra la huella de su labor en diversos órdenes académicos.

Conoció a Lorelei Servín Herrera como estudiante de la ENAH Chihuahua, pero intereses adicionales a los académicos terminaron por unirlos hasta la partida de Juan Luis. Como estudiante de licenciatura y maestría, Lore –como la llamaba él afectuosamente– compartía con Juan Luis su vocación y juntos recorrieron la sierra Tarahumara, región donde su cuñado Enrique Servín labora a favor de las lenguas indígenas y con quien también compartía diversas afinidades. Su actividad académica en la sierra llevó a la pareja a tener compadres tarahumaras debido a la cordialidad con que trataban a las personas con que trabajaban. Juntos lucharon por la salud de Juan Luis, ya que llegó a tener una operación a corazón abierto. El diagnóstico del cáncer no los derrotó: buscaron alternativas y eso les permitió ganar unos meses más para compartir la vida. Finalmente el mal terminó con Juan Luis, pero deja un legado no sólo para todos los que lo conocimos y apreciamos como amigo, sino también para futuras generaciones de la EAHNM, para los estudiosos del norte de México y para la academia en general.

Juan Luis fue un luchador incansable. De ello dejan constancia su trabajo en antropología y sus posturas hacia la preponderancia de lo mesoamericano en la investigación realizada en nuestro país, su labor en la formación de antropólogos –en especial en el norte de México–, su búsqueda por una mejor sociedad –sobre todo en favor de los más desposeídos– y su batallar con las enfermedades que tardaron un tiempo en doblegarlo. Sus luchas no fueron en vano y todos sus esfuerzos han dejado una enorme huella en muchas personas e instituciones.

Su pasión por lo que le interesaba y gustaba me permitió verlo tres veces eufórico. La primera, al final de la celebración de los 15 años de la ENAH Chihuahua, cuando organizó el Primer Coloquio Carl Lumholtz. La segunda, el día en que el INAH compró el edificio que ahora alberga la EAHNM. Y la tercera, cuando el equipo español ganó el Mundial de Fútbol en 2010, ya que era un gran aficionado a ese deporte.

¡Juan Luis, muchos te recordaremos por tu euforia, tu sapiencia y tu enorme calidad humana!

